

—como algunos otros creadores españoles— a la forma de la naturaleza. Probablemente a eso es a lo que se refiere Gállego cuando en su introducción habla del origen menestral o campesino de él como de Alberto y de tantos otros creadores españo-

efectivamente, un «vacío»; nunca quiso protagonizarse tanto..., nunca quiso positivizar su negatividad tanto que cultivase ese vacío como forma discernible...

Por lo demás, Horacio Condoy se valió, naturalmente, de esa economía formal que la

bra ahora en la Galería Dau al Sert, de Barcelona, es, con mucho, la más amplia celebrada hasta ahora. (La exposición celebrada en la Galería Louise Leiris, de París, en 1961, reunió 130 obras.) Son 63 las pinturas y 51 los dibujos que nos acercan a este aspecto menos divulgado de su obra, mientras las esculturas —de bulto redondo, sobre todo, y relieves— suman 61, y 10 las joyas. El excelente catálogo publicado con motivo de esta exposición contiene una presentación de Montserrat Blanch, autora de la más completa y rigurosa monografía editada sobre este artista y que aporta aquí nuevos datos para el conocimiento de su biografía.

Manolo era un hombre del pueblo. Formado en Cataluña, su obra se desarrollaría en el inquieto París de principio de siglo y en sus retiros de Ceret y Caldas de Montbuy. La vinculación a su tierra, el no perder nunca el «seny» o buen sentido de las gentes sencillas, quizá el predominio que tenía en él el sentido realista sobre la imaginación, dan a su escultura un particular sello y gran independencia, que se destaca en el torbellino de las tendencias de vanguardia, que siguió de cerca, aunque solo como espectador. Sus figuras, pequeñas casi siempre, son grávidas, pesan sobre la tierra, de la que se saben continuación. No puede extrañarnos que sus temas sean tipos populares, que nunca son abstraídos camino del símbolo, sino, que, todo lo más, se convierten en pretextos de juegos de volúmenes y formas. Rotundos y sencillos, hablan al espectador en claro lenguaje: «clar y català» se diría por aquí. Pero conviene que si es posible nos olvidemos del propio Manolo, de qué extraordinario tipo era, para fijarnos en sus piezas.

Estos personajes —mujeres, paternidades y maternidades, toreros, animales— son antiacadémicos. No son ni esbeltos ni respon-

den a cánones de áureas proporciones. Manolo se ciñe a lo que ve. Tampoco son monumentales: ¿cómo iban a serlo? No me parece cierto lo que se ha dicho tantas veces de que, a pesar de su tamaño, son esculturas concebidas para grandes tamaños. Si bien es cierto que los tamaños los imponía la escasez de medios, la verdad es que son los que les corresponden, para así subrayar mejor su humildad, el hecho de que sean reflejos de la vida cotidiana. Su pequeñez, al mismo tiempo, supone concentración. Son esculturas vigorosas, formalmente vivas; de un dinamismo lento, pausado, contenido. Concebidas y realizadas originalmente en barro, material que también liga con estos temas populares y sencillos, cuando mejor nos saben y más en su ser están es acaso cuando siguen en este estado.

Hay, entre las pinturas y «gouaches», verdaderas sorpresas, aciertos felicísimos. Son muestra de un alto tono vital, optimista, propio de una personalidad —como nos recuerda Montserrat Blanch en su texto— que supo

remontar como artista sus limitaciones materiales, «con una confianza completa en las posibilidades de la vida, en las múltiples bellezas de la naturaleza, que supo apreciar con plena delectación». Muchos de los dibujos son apuntes —espontáneos, desenfadados—; algunos, bocetos de esculturas. Los hay leves y sugeridos; otros, muy contruidos, o mejor, como moldeados. Formas redondeadas y macizas casi siempre: las mismas de sus esculturas, y que también encontramos en óleos y «gouaches». Pero en estos últimos, la figura pasa en general a segundo plano —salvo cuando se trata de retratos, claro está: como en el magnífico de Rosa—, para ocuparse del paisaje. Manolo se abandona a un paisaje de filiación fauve que se abre sin traba alguna, y todo —tierra, árboles, casas, gentes— aparece fundido por él.

Hay aspectos de Manolo que aquí, en su pintura, se ven quizá más claros. Por ejemplo: que no creía en un arte distinto y contrapuesto a la naturaleza. Adora la naturaleza, y en su pintura se ve. También

podemos percibirlo en su obra escultórica. Su arte no trata de crear un mundo que se enfrente prometeicamente a la vida. Lo que le importa es ésta: para él nada tiene sentido fuera de una vida natural. Su arte, pintura o escultura resulta un tanto insólito. Por su humilde aspiración a ser algo dentro de lo existente; por no intentar ponerse de puntillas, por no enfrentarse a nada, sino, por el contrario, identificarse, sentirse uno con todo. Características éstas que sitúan a Manolo en un lugar aparte en el arte contemporáneo, que se ha escrito desde luego según principios que no eran los suyos, sin duda más fecundos y verdaderos. ■ JOSE CORREDOR MATHEOS.



Horacio García Condoy.

les, los cuales descubren en sí mismos, en su condición de ser artistas libres, el aspecto «moderno» de su arte, mucho más que en cualquier otro código de la modernidad.

Por supuesto que el escultor Horacio García Condoy conoció todas las preceptivas y todas las libertades de que disponía por el hecho de ser un artista del siglo XX. Pero no cabe duda de que fue un hombre mesurado que no se volvió loco con los fueros que de pronto le habían puesto en su mano todos los creadores del siglo XX.

Por supuesto, Condoy conoció —y usó— ese espacio o hueco interior que le habían propiciado algunos creadores, especialmente su paisano Gargallo. Pero lo usó con discreción. Es decir, lo usó como un medio, no como un fin. Y siempre su hueco —su espacio interior— fue,

manipulación moderna del arte ponía a su disposición. Pero no insistió en ello con exceso. Ni en eso ni en nada. En todo fue prudente. Nunca cultivó la pretensión de ser un genio. Siempre cultivó la pretensión de ser un escultor... ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

Barcelona: El escultor y pintor Manolo Hugué

Se ha hablado mucho últimamente entre nosotros de Manolo. Quizá para compensar lo poco que se comentó su obra en vida, debido a su modestia y a la independencia de su carácter. Hemos tenido ocasión de contemplar abundante obra suya, tanto en Barcelona como en Madrid, y apreciar su importancia. La exposición que se cele-



Autorretrato de Manolo Hugué.

MUSICA

El tiempo de Mahler ha llegado ya

Desde hace algún tiempo nos estamos hablando de hablar de ese mecanismo industrial que pretende despojar de su individualidad intrínseca a los fenómenos culturales, para convertirlos en modas cuyo lanzamiento oportuno constituye simplemente un medio privilegiado de mantener e incrementar el funcionamiento y rendimiento de la máquina inexorable de esa industria... La percepción de fenómenos diferentes —y, lo que es peor, desconectados entre sí— a través de un tamiz homogeneizador que incorpora sin más vínculo que la contigüidad elementos diversos a una cosa que se sigue llamando cultura, suele juzgarse especialmente nociva, y con razón, cuando aquellos fenómenos, por pertenecer y re-